

## SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

Homilía del P. Abad Josep M. Soler

15 de agosto de 2018

Ap 11, 19. 12, 1-6.10; 1 Cor 15, 20-26; Lc 1, 39-56

Todo en María es, hermanos y hermanas, gracia otorgada por Dios. Y todo en María es respuesta generosa por amor. Hoy que contemplamos el término de su vida en la tierra y su ascensión a la gloria pascual de Cristo, podemos contemplar toda su existencia como una armonía de gracia, de don de Dios, y de correspondencia libre por parte de ella a los dones que Dios le fue otorgando. Recordemos algunos momentos para gloria de Dios y alabanza de la Virgen Madre. El primer don es el de su concepción inmaculada, cuando Dios la *eligió por amor antes de crear el mundo* para que fuera toda *santa, llena de gracia* (Ef 1, 4; Lc 1, 28), en orden a la misión única ser Madre del Hijo de Dios hecho hombre. Ella, desde que tuvo uso de razón, correspondió a este don con su vida entregada del todo a Dios y haciéndose *alabanza de su grandeza* (Ef 1, 12). Así se preparó para realizar, con todo el amor y con toda la prontitud, la vocación que Dios le había dado. Enseguida que recibe el anuncio, quiere acogerla; pero, por responsabilidad, quiere ser, también, bien consciente de lo que eso le puede suponer. Después, confiando en Dios que lleva solícitamente su vida y la de todo el mundo, dice que sí: *soy la esclava del Señor, que se cumpla* en mí su voluntad (Lc 1, 28-38).

Gracia y respuesta de amor que continuarán en toda su existencia, marcada por esta maternidad única, tanto en los momentos dulces de la vida de Nazaret como en los momentos difíciles de la misión de su Hijo. Desde los inicios, le fue anunciado que Jesús sería *un signo de contradicción* y que ella sufriría como si *una espada le traspasara el alma* (cf. Lc 2, 34-35). Ella, sin embargo, continuó diciendo que sí y viviendo todo en clave de magnificat, de confiar en el amor de Dios y en la salvación que lleva a cabo; sintiéndose pequeña, pobre, pero amando y confiando en que *las obras del brazo divino son potentes* (Lc 1, 47-55).

Y así hasta que llega el momento en el que la espada que le atraviesa el corazón le produce un dolor más intenso. Ve como Jesús es rechazado y perseguido; los interrogantes se multiplican en su cabeza (cf. Mc 3, 21:31), pero continuó confiando, sabiendo que *para Dios nada es imposible*, tal como le había sido dicho en la anunciación (Lc 1, 37). Y en el momento supremo que su Hijo ofrece cruentamente su vida por amor a la humanidad entera, ella está allí, firme al pie de la cruz (cf. Jn 19, 25), unida a la ofrenda dolorosa de Jesús, adorando el designio de Dios, llena de fe en la palabra que Jesús había repetido varias veces: *que tenía que ir a Jerusalén, [...] que debía ser muerto y resucitar al tercer día* (cf. Mt 16, 21). Después de Pascua, María, vivió la alegría de Cristo resucitado y esperó la venida del Espíritu Santo en Pentecostés (cf. Hch 1, 12-14). Y hasta el momento de su dormición, en medio de la pequeña comunidad de Jerusalén fue testigo de Jesús y de su Evangelio.

Esta suma de gracia y de respuesta de amor que es toda la vida de Santa María, ya la encontramos en la escena evangélica de hoy. Isabel lo reconocía al decirle: *Bendita tú entre las mujeres* por la gracia que Dios te ha dado; *Bienaventurada la que ha creído!* y traduce el don de Dios en obras. Y María, por su parte, lo reafirma con humildad y con admiración agradecida: *Proclama mi alma la grandeza del Señor* porque *ha mirado la humildad de su esclava, el Poderoso ha hecho obras grandes en mí*. Y,

sierva de Dios y de la humanidad como es, se queda *tres meses*, con su *prima Isabel*, hasta el nacimiento de Juan Bautista.

La última de las *maravillas* que el Señor ha obrado en la Virgen María es llamarla a participar de la gloria pascual de Jesucristo. La que se había unido más a él en la vivencia del Evangelio, ahora es unida a él en la ascensión a la gloria. La muchacha sencilla de Nazaret, que iba a la fuente como una más entre las vecinas del pueblo, se convierte toda radiante en la mujer vestida de sol, según la imagen que utilizaba el libro del Apocalipsis en la primera lectura. Aquel sol que, como canta la Iglesia cada día, *ha visitado a su pueblo y lo ha redimido*, y que es Jesucristo (cf. Lc 1, 71). María se ha revestido de la gracia y de la gloria que vienen del misterio pascual de su Hijo. Tal como decía san Pablo en la segunda lectura, Cristo ha sido el primero en resucitar. Tras él, *cada uno lo hará en el momento que le corresponde*, María en primer lugar, yendo por delante de todos los que forman la nueva humanidad en torno a Cristo.

El hecho de que María estuviera *llena de gracia* y disfrutara de la santidad original desde los inicios de su existencia, no quiere decir que le fuera fácil la fidelidad a Dios y a la misión que le fue confiada. Tuvo que ir llevando a cabo un itinerario de fe, no exento de combate espiritual, y tuvo que ir afrontando las dificultades que la vida le ponía delante hasta culminar en la pasión de su Hijo. Con fe, sin embargo, supo descubrir el *amor* que Dios tiene a *los que creen en él de generación en generación*.

Lo recordamos hoy, como decía al inicio, para gloria de Dios y alabanza de la Virgen Madre. O, para decirlo a partir de las palabras evangélicas que hemos escuchado, hoy magnificamos el Señor por las maravillas que ha obrado en María y alabamos a aquella que ha *creído contra toda esperanza* (Rom 4, 18), fiándose de la Palabra de Dios.

La Virgen es un modelo para nuestra vida de fe cristiana y una fuente de esperanza. Nos enseña a confiar en Dios, a vivir arraigados en su Palabra, a seguir a Jesucristo por el camino del amor y del servicio, creyendo que Dios lleva nuestras vidas y nuestra historia colectiva. Esto nos debe llevar a comprometernos por el bien de los demás y a construir una sociedad fundamentada en la justicia y en la solidaridad, en la dignidad de cada ser humano, en los valores auténticamente democráticos, respetuosa de la pluralidad de modos de ser y de pensar.

Hoy de una manera particular proclamamos a Santa María bienaventurada y cantamos con ella el amor salvador de Dios presente, también, en nuestros días, mientras esperamos la salvación definitiva y poder cantar con ella la gloria de Dios en el Reino de Cristo.